

Historia de una tetera

LA TORRE DE LA FLOR DE LOTO

Y DESCENSO DEL RIO NAHANNI

Juanjo San Sebastián

CADA plan que tengo que ver con Ramón Portilla, siempre, lo dice él, puede convertirse más que en una pesadilla, pero, la de esta expedición en concreto, intuía que iba a ser especial, pues combinaríamos la escalada, por una parte, con el descenso en canoa de un gran río. La escalada mantenía los familiares elementos de una ruta clásica, pero remar en canoa era ya otra historia.



Arriba.
La Flor del Loto, objetivo de la expedición

A la derecha.
Nuestra entrañable tetera quedó apuntalada en el bosque de señales



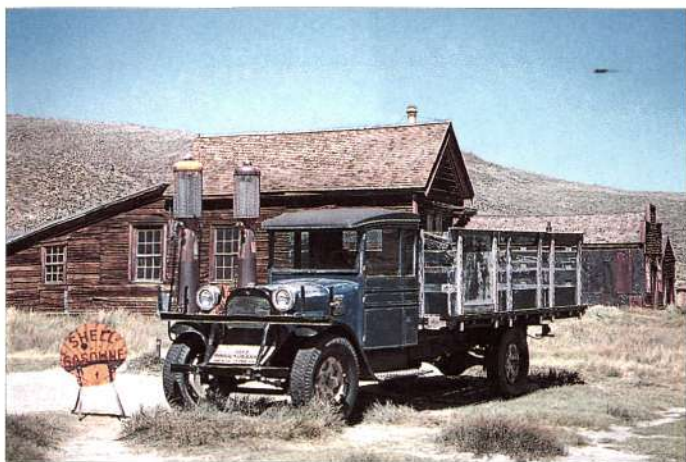
Objetivo Canadá

Salimos a primeros de julio de Madrid con destino a Canadá. Ibamos a escalar la Flor de Loto, situada en la ruta de las Inescalables, para luego realizar el descenso en canoa del Nahanni. A parte de Ramón Portilla, a quien tantas cosas tenemos que agradecer, no sólo por ser el fabulador de esta aventura sino por ser el representante de Coleman tanto en la tierra como en el agua, nos acompañaban Javier Orive, mi gran descubrimiento, bombero, parrillero, medio médico... y Darío Rodríguez, director de Desni-

vel, brillante intérprete al que logramos apartar de la redacción.

Después de coger varios vuelos en aviones cada vez más pequeños, nos situamos en Watsow Lake, en el canadiense Estado del Yukon. Aquí se encuentra el famoso bosque de señales donde, todo el que se acerca por allí, deja la chapa de su localidad de origen, conformando un divertido paisaje.

Nuestras últimas incursiones aéreas iban a ser en hidroavión, así que, con mucha previsión por nuestra parte, tuvimos que hacer un petate de lo más escaso. La conclusión definitiva fue que llevábamos desproporcionadamente mucho más material de escalada que comida. Menos mal que teníamos una tetera.



A la izquierda de arriba abajo.

Poblado minero en el Yukon canadiense. El piloto del hidroavión llegó remando sobre los flotadores del aparato. Tuvimos que armarnos de ingenio para cruzar el lago

Debajo.

Un momento de la escalada de la Flor del Loto



En el paralelo 62

Estábamos situados en el paralelo 62, cerca del Círculo Polar Artico, donde no existen las noches, tan sólo hora y media de tibia penumbra. En esta zona, las vías de comunicación son dos, el aire y el agua. El último hidroavión nos iba a dejar en la puerta de Glacier Lake y el piloto nos recibió remando sobre los flotadores del aparato. Fue mi primer impactante recuerdo.

Toda la región está salpicada de pequeñas cabañas cuyo fin es el de repostar. El paisaje es exuberante, con grandes bosques cerrados por la vegetación, rodeados de paredes que se te antojan infinitas y por una persistente lluvia como telón permanente.

Nos despedimos de nuestro piloto-galeote,

quedando con él para quince días más tarde. La sensación fue sobrecogedora y rogamos a la suerte para que nada ocurriese. Nos encontrábamos en la base de la Flor de Loto. En principio hicimos dos porteos por ríos sin puentes y bosques de vegetación casi hermética.

La Flor de Loto

Levantamos el campamento, pero el ascenso se hacía imposible debido a la constante lluvia. Hicimos de la espera un arte, mientras comprobábamos en la práctica algo que ya sabíamos desde Waston Lake. Teníamos poca, muy poca comida. Habíamos llegado ya a la mitad de los días previstos, comíamos pero no escalá-





bamos. Además, a seis horas de camino de Glacier Lake, tampoco pescábamos.

Por fin salió un día medianamente bueno e iniciamos la escalada, para volver a bajar a los doscientos metros, pues la pared rezumaba toda el agua recibida. El segundo y definitivo intento lo realizamos a las doce del mediodía, una hora muy poco habitual salvo aquí, donde no existe la noche. El vivac, situado en el

Arriba y abajo.

Dos momentos de la escalada de la Flor de Loto

medio de la pared, lo preparamos hacia las tres de la tarde. Hicimos cumbre. Es la única fecha que recuerdo con claridad, el 11 de julio.

Bajamos rapelando en tres horas y media. Nos sentíamos muy felices y tranquilos. Habíamos eliminado de nuestras cabezas la preocupación por la escalada. Ahora, hasta la llegada del hidroavión, sólo teníamos que esperar.

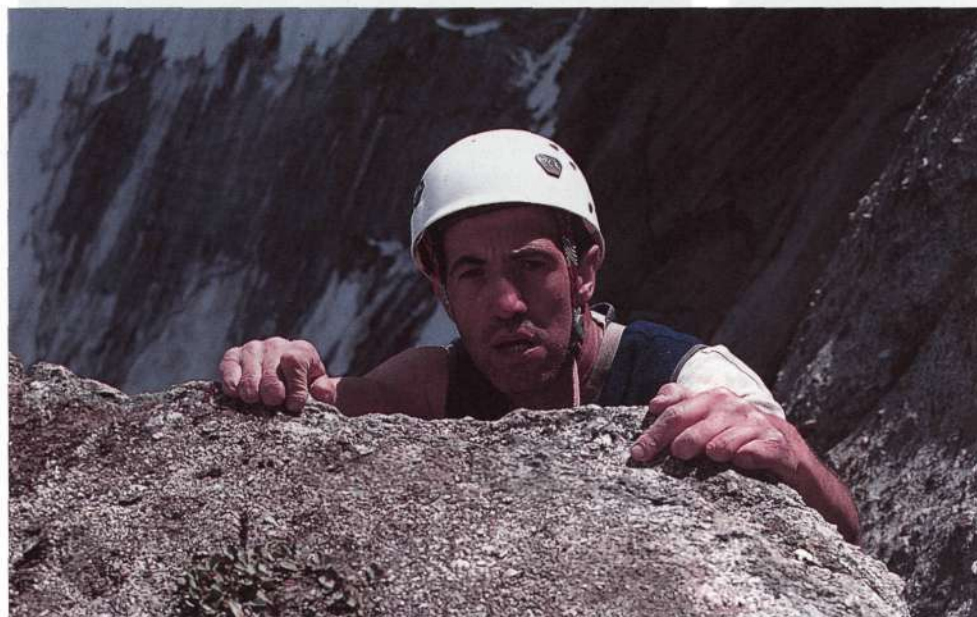
Cuando la comida se acaba

Para entonces por toda comida tan sólo poseíamos 50 bolsas de té, además de una tetera ya negra por la situación. En esos momentos Javi Orive desplegó todos sus encantos como bombero. Teníamos una caña y un lago lleno de truchas solidarias que se dejaban pescar fácilmente. El problema era que no teníamos donde cocinarlas, pero Javi fabricó una maravillosa parrilla con las clavijas de la tienda.

Sin duda el hambre agudiza todos los sentidos. Entre trucha y trucha creímos oír el vuelo de un helicóptero y así era. Apareció un equipo de la BBC para hacer un reportaje sobre el Proboscis, descargando material. Les hicimos partícipes de nuestra penuria y su reacción fue flemáticamente inglesa, ¡qué malo tiene que ser eso!, obtuvimos por toda respuesta.

El helicóptero hizo un montón de viajes, transportando un montón de material y en el último, colgado de una red, nos regalaron comida que nos sirvió para el resto de la expedición. El maná existía y además tenían café. ¡Unos ingleses que toman café tienen que ser buena gente!

Con todas estas provisiones, la expedición tomó otro cariz. Teníamos comida abundante y un paisaje impactante. El hidroavión volvió a





buscarnos, con lo que se abría para nosotros lo que iba a ser la segunda parte de este plan, un descenso en canoa del South Nahanni.

El río Nahanni

Una vez en la puerta del Nahanni, nos impresionaron fundamentalmente dos cosas. La primera, la inmensidad del río, con una media de cien metros de ancho, bordeado de paredes y salpicado de pequeñas playas y, por otra, la gran velocidad que llevaba el agua.

El reto consistía en no volcar y perder todo el material. El plan consistía en bajar 4.000 km en dos tramos, el primero hasta las cataratas Virginia, de 90 metros de altura, para acabar en Black Stone Landing. Para ello disponíamos de diez días. Era en esta primera parte donde nos íbamos a encontrar con las mayores dificultades técnicas, sobre todo teniendo en cuenta mi escasa preparación de tan sólo un fin de semana en aguas del Ebro, con un caudal muy inferior. Tras los correspondientes permisos y previo pago de cien dólares canadienses, iniciamos la primera parte del descenso.

El descenso en canoa

Esta primera parte del río era uno de los pasos clave, con una corriente vertiginosa, olas de metro y medio, características del llamado cuarto cañón, y las terribles fisuras del ocho. En un principio vamos por la zona del cauce, evitando olas y remansos, afinando al máximo las embarcaciones.

De todos modos, la sensación de libertad era inmensa y digo esto porque, a parte de un colegio británico de élite que vimos el primer día, durante los siete restantes tan sólo contamos con la compañía de grandes paredes y bosques. La inestabilidad de las canoas era tal, que el

mago del ingenio, Javi, las convirtió en un gracioso y práctico catamarán.

Teníamos intención de hacer un alto en la que se conoce como cabaña de los Kraus, un legendario matrimonio que encontró oro en estas tierras. Nuestro único punto de referencia era el olor de las aguas sulfurosas que rodean la cabaña... y la encontramos. Otra vez la diosa Suerte se acordó de nosotros, pues la fina lluvia que nos había acompañado durante todo el trayecto, a estas alturas era ya el segundo diluvio universal, así que ocupamos literalmente la cabaña de los Kraus. Entre sus cuatro paredes parece estar guardado el espíritu y la historia de estas tierras, donde tantas leyendas se vivieron durante la mítica fiebre del oro.

Rumbo a Black Stone Landing

Emprendimos de nuevo el descenso. La lejanía con el Círculo Polar Ártico era cada vez más patente, pues se empezaban a distinguir los días de las noches y podíamos admirar dorados atardeceres. Fue gozar con mayúsculas, remar por un río maravillosos rodeado de cañones y playas, donde te podías bajar cuando te apetecía... La sensación de libertad era inmensa.

Llegamos a Nahanni Butte, donde encontramos algunos símbolos de civilización y sobre todo muchos, muchísimos mosquitos, que nos acibillaron y casi nos ponen en el

A la izquierda.
La primera parte del descenso fué la más complicada

límite de la locura. Sólo decir que se calcula que hay 45.000 mosquitos por habitante... Dormimos en este punto a pesar de nuestros molestos vecinos y acometimos el último tramo del descenso. Teníamos unas seis horas de remo por delante



Fotos del autor

En la foto de arriba.

A Javi se le ocurrió la idea de hacer un catamarán con las dos canoas

Debajo.

Al final el río era maravilloso y te podías detener donde querías

Pasadas algo menos de tres horas, Ramón y yo oteamos un puesto de Rangers con embarcadero, por lo que supuse que habíamos llegado a nuestro destino. No sin antes sostener una larga y divertida discusión con Ramón, al final nos acercamos, pues yo hacía las veces de timón, y efectivamente eso era Black Stone Landing. Esta vez a Darío le faltó su maravillosa intuición técnica y se habían pasado de largo, teniendo que remontar, río arriba, otras dos horas de vuelta.

De Black Stone Landing volvimos a Wastow Lake, nuestro punto final, donde nuestra entrañable tetera quedó apuntalada en el bosque de señales, guardando todas nuestras sensaciones y recuerdos de un mes extraordinario. □